



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

MISA PARA LOS JÓVENES

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

«Theresienwiese» de Munich

Miércoles 19 de noviembre de 1980

*Queridos hermanos y hermanas,
queridos jóvenes:*

1. Cristo, al hablar del Reino de Dios utiliza frecuentemente imágenes y parábolas. Su imagen de la "cosecha" de la "gran cosecha", debía de evocar en sus oyentes esa época tan bien conocida del ciclo anual en que el hombre podía disponerse a cosechar los frutos de la tierra, sazonados gracias al duro y constante trabajo humano.

La palabra "cosecha" dirige también hoy nuestros pensamientos en la misma dirección, aunque nosotros, hombres de países con un alto nivel de industrialización, apenas somos capaces de captar en su justa medida la importancia y el significado que tienen para el agricultor, y sobre todo para los hombres, la maduración y la cosecha de los frutos de la tierra.

Con la imagen del grano, que va madurando hasta el momento de la cosecha, se refiere Jesús a *la madurez y el crecimiento internos del hombre*.

El hombre está ligado a su naturaleza y depende de ella. Pero al mismo tiempo la supera con toda la organización interna de su esencia personal. Por eso, *la madurez humana es algo diferente* del proceso de maduración en la naturaleza. En el hombre no se trata sólo de esfuerzos corporales e inmateriales. Del proceso de maduración humano forma parte esencial la dimensión espiritual y religiosa de su ser. Cuando Cristo habla de la "cosecha", quiere decir que el hombre

tiene que ir madurando con vistas a Dios, para después conseguir *en Dios* mismo, en su Reino, los frutos de su esfuerzo y su madurez.

Con gran seriedad, pero a la vez con alegre esperanza, quisiera haceros hoy hincapié, a vosotros jóvenes de hoy, en esta verdad del Evangelio. Os encontraréis en un período de vuestra vida especialmente importante y crítico, en el que se deciden muchas cosas, o casi todo, de cara a vuestro ulterior desarrollo y a vuestro futuro.

El conocimiento de la verdad es de una importancia básica para la formación de la propia personalidad, para la construcción del ser interno del hombre. Realmente, el hombre puede ir madurando *sólo apoyado y situado en la verdad*. En esto consiste el profundo sentido de tan importante proceso educativo, al que también debe ofrecer sus servicios el sistema global escolar, incluidas las universidades. Ese proceso debe ayudar al joven a conocerse a sí mismo y a comprender el mundo; debe ayudarle a percibir y a tener en perspectiva todo aquello a través de lo cual adquieren pleno sentido la existencia y la acción del hombre en el mundo. Para ello debe ayudarle también a conocer a Dios. El hombre no puede vivir sin *conocer el sentido de su existencia*.

2. Sin embargo, esta búsqueda, esta autorrealización y maduración sobre la fundamental y plena verdad de la realidad, no es fácil. Siempre ha habido que superar muchas dificultades. Es precisamente a este problema al que parece aludir San Pablo cuando escribe en su segunda Carta a los Tesalonicenses: "No os turbéis de ligero, perdiendo el buen sentido, y no os alarméis... Que nadie en modo alguno os engañe" (2, 2-3). Estas palabras, dirigidas a una joven comunidad de primitivos cristianos, deben hoy ser leídas de nuevo ante el mudado telón de fondo de nuestra civilización y cultura modernas. También yo desearía lanzaros este llamamiento a vosotros, jóvenes de hoy: ¡No os descorazonéis! ¡No os dejéis embaucar!

Dad gracias si tenéis unos buenos padres que os animan y os muestran el recto camino. Tal vez son mejores de lo que, a primera vista, sois capaces de reconocer. Pero no pocos sufren bajo sus padres y se sienten poco comprendidos o casi solos. Otros deben encontrar el camino de la fe sin, o en contra de, sus padres. Otros sufren en la escuela por el "peso del trabajo", como vosotros decís, sufren por las relaciones humanas y las tensiones en los lugares de trabajo, por la inseguridad que crean las perspectivas profesionales de cara al futuro. ¿No va uno a angustiarse cuando advierte que el desarrollo técnico y económico destruye las condiciones de vida naturales del hombre? Y sobre todo: ¿Cómo le irá a este mundo nuestro, dividido en bloques militares de poder, en países ricos y pobres, en Estados libres y totalitarios? Continuamente surgen guerras, en esta u otras latitudes de la tierra, que causan muerte y miseria entre los hombres. Y por otro lado, en muchas partes del mundo, cerca o lejos, se registran actos de la más cruda violencia y de sangriento terrorismo. Incluso en este lugar de nuestra celebración eucarística hemos de tener presentes ante Dios a las víctimas que recientemente fueron heridas o muertas por un artefacto junto a esta plaza. Apenas podemos darnos cuenta de lo que es capaz el hombre en el extravío

de su espíritu y su corazón.

Con este trasfondo es como mejor podemos percibir la llamada de atención de la Buena Nueva: "¡No os dejéis desconcertar tan pronto!". Todas estas necesidades y dificultades forman parte de los obstáculos en los que debemos acrisolar nuestro crecimiento en la verdad fundamental. De ahí nos vendrán entonces las fuerzas para colaborar en la construcción de un mundo más justo y más humano; de ahí surgirán el empeño y el coraje para aceptar poco a poco la responsabilidad en la vida de la sociedad, del Estado y de la Iglesia. Nos proporciona un consuelo en verdad no pequeño el pensar que, a pesar de tantas sombras y tinieblas, existe mucho, pero que mucho bien. El hecho de que se hable poco de él no quiere decir que falte. A menudo hemos de permitir que se descubra todo el bien que opera en el anonimato y que sólo más tarde, de improviso, surge radiante. ¿Qué ha tenido que hacer, por ejemplo, una madre Teresa de Calcuta, sino trabajar oculta y desapercibida antes de que un mundo asombrado se apercibiese de ella y de su obra? ¡No os dejéis desanimar tan pronto!

3. ¿Pero no es verdad que en vuestra sociedad, tal como la experimentáis en vuestro medio ambiente, hay no pocos que, confesándose cristianos, andan vacilantes o han perdido el rumbo? ¿Y no se opera eso, de modo pernicioso, particularmente en los jóvenes? ¿No se hace patente de algún modo la multiforme *tentación del abandono de la fe* de la que habla el Apóstol en su Carta?

La Palabra de Dios de la liturgia de hoy nos permite vislumbrar el *amplio horizonte* de una tal apostasía de la fe, como parece perfilarse precisamente en nuestro siglo, y nos aclara sus *dimensiones*.

San Pablo escribe: "El misterio de iniquidad está ya en acción..." (2 Tes 2, 7). ¿No podemos afirmar esto mismo respecto a nuestro tiempo? El *poder oculto de la iniquidad*, de la apostasía, tiene, según las palabras de la Carta de San Pablo, una estructura interna y una determinada progresión dinámica: "...ha de manifestarse el hombre de la iniquidad..., el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2 Tes 2, 3-4). También aquí tenemos una *estructura interna del rechazo*, de la *erradicación de Dios* del corazón del hombre y de la erradicación de Dios de la sociedad humana, y todo esto con el propósito, como se dice, de una total "*humanización*" del hombre, es decir, de hacer del hombre el Hombre en sentido absoluto y colocarlo, en cierto modo, en el lugar de Dios, de "*divinizarlo*" como quien dice. Por otra parte, esta estructura es ya muy antigua; ya aparecía en el principio, como advertimos en los primeros capítulos del Génesis: la tentación de sustituir el "carácter divino" (de la imagen y semejanza de Dios), otorgado al hombre por su Creador, por la "divinización" del hombre frente a Dios (o sin Dios), como aparece claramente en las concepciones ateas de algunos sistemas actuales.

Quien se niega a aceptar la fundamental verdad de la realidad, quien se erige en medida de todo,

situándose así en el lugar que ocupa Dios, quien más o menos conscientemente afirma poder prescindir de Dios, creador del mundo, de Cristo, liberador de los hombres, quien, en lugar de buscar a Dios, corre tras los ídolos, siempre estará huyendo de la única verdad capaz de fundamentar nuestra existencia y de ponerla a salvo.

Existe una huida hacia el interior. Puede conducir a la resignación. "Nada tiene sentido". Si los discípulos de Jesús hubiesen actuado de este modo, nunca habría podido experimentar el mundo el mensaje liberador de Cristo. La huida hacia el interior puede adoptar la forma de una pretendida amplitud de conciencia. Por eso, no pocos jóvenes de entre vosotros destruyen su ser interno de hombres refugiándose en el alcohol y las drogas. A menudo, tras esa actitud se encuentra la angustia y la desesperación; pero otras veces ese comportamiento oculta la búsqueda del placer, la falta de autocontrol o una irresponsable curiosidad de "probarlo" todo. A veces, la huida hacia el interior empuja a algunos a formar parte de sectas seudorreligiosas, que hacen mal uso de vuestro idealismo y de vuestra capacidad de entusiasmo y os roban la libertad de pensamiento y de conciencia. A esta actitud pertenece también la huida a cualquier doctrina de salvación, de esas que ofrecen la conquista de la verdadera felicidad mediante la práctica de determinados requisitos externos, pero que en definitiva vuelven a dejar al hombre abandonado a su irredenta soledad.

También hay quienes huyen de esa verdad básica hacia el exterior, militando en utopías políticas y sociales o en cualquier quimera de la vida social. Por muy necesarios que sean los ideales y las metas propuestas, las "fórmulas mágicas" utópicas ya no pueden ayudarnos, sobre todo cuando, como ocurre la mayoría de las veces, van acompañados de un poder totalitario o del uso de una fuerza destructora.

4. Podéis ver, pues, las numerosas formas que existen de huir de la verdad; podéis percibir cómo opera el oculto e inquietante poder de la iniquidad y de la maldad. ¿Os da buen resultado la *tentación del aislamiento y el extravío*? La respuesta la da la lectura de hoy del Profeta Ezequiel. Este habla de un pastor que va tras sus ovejas perdidas en la soledad para ponerlas "en salvo en todos los lugares en que fueron dispersadas el día del nublado y de la tiniebla" (Ez 34, 12).

Ese Pastor, que va en busca del hombre por las oscuras calles de su soledad y su extravío para conducirlo a la luz, es Cristo. El es el Buen Pastor. Siempre se halla presente en el oculto centro del "misterio del mal" y se encarga personalmente de los graves asuntos de la existencia humana en la tierra. El obra todo esto en la verdad, liberando el corazón del hombre de esa contradicción fundamental que consiste en pretender divinizar al hombre sin o contra Dios, pretensión que en definitiva acaba creando un clima de aislamiento y extravío. En este camino que conduce del oscuro aislamiento al auténtico ser del hombre, es Cristo, el Buen Pastor, quien, acompañándonos continuamente con el más profundo amor, se preocupa de cada uno de nosotros, especialmente de los jóvenes y su proceso de maduración.

Sigue diciendo el Profeta Ezequiel de este pastor: "Las reuniré en todas las tierras, y las llevaré a su tierra, y las apacentaré sobre los montes de Israel, en los valles y en todas las regiones del país" (Ez 34, 13). "Buscaré la oveja perdida, traeré la extraviada, vendaré la perniquebrada y curaré la enferma, y guardaré las gordas y robustas, apacentaré con justicia" (Ez 34, 16).

De este modo acompañará Cristo el *proceso de madurez del hombre* en su faceta humana. Nos acompaña, nutre y fortalece en la vida de su Iglesia con su Palabra y sus sacramentos, con el Cuerpo y la Sangre de su celebración pascual. Nos nutre como eterno *Hijo de Dios*, permite que el hombre participe de su filiación divina, le "diviniza" interiormente para que pueda ser "hombre" en sentido pleno, para que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, consiga su madurez en Dios.

5. Precisamente fundándose en esto dice Cristo que la mies es "mucha". Es mucha a causa de la definición del hombre, que hace saltar los intentos de encuadrarlo. Es mucha a causa del valor del hombre. *Es mucha por la grandeza de su vocación*. Es mucha esta admirable cosecha del Reino de Dios en la humanidad, la cosecha de la salvación en la historia del hombre, de los pueblos y de las naciones. Es, en verdad, grande, "pero los obreros son pocos" (Mt 9, 37).

¿Qué quiere decir esto? Esto puede significar, queridos jóvenes, que vosotros sois llamados, llamados por Dios. Mi vida, mi vida humana tiene entonces sentido, cuando soy llamado por Dios, de forma efectiva, decisiva y perentoria. *Sólo Dios puede llamar así al hombre*, nadie fuera de El. Y esta llamada de Dios va dirigida incesantemente, en Cristo y a través de Cristo, a cada uno de vosotros: llamada a ser obreros en la mies del ser humano propio, a ser obreros en la viña del Señor, en la cosecha mesiánica de la humanidad.

Jesús necesita jóvenes entre vosotros que sigan su llamada y quieran vivir como El, pobres y célibes, para ser así un testimonio vivo de la realidad de Dios entre sus hermanos y hermanas.

Dios necesita sacerdotes, que acepten la llamada a ser buenos Pastores al servicio de su Palabra y de sus sacramentos.

Necesita religiosos, hombres y mujeres, que dejen todo para seguirle y servir así, a los hombres.

Necesita seglares cristianos que se ayuden mutuamente, y ayuden también a sus hijos, en la consecución de la plena madurez del ser humano en Dios.

Dios necesita hombres que estén dispuestos a socorrer y a servir a los pobres, los enfermos, los abandonados, los oprimidos y los olvidados espiritualmente.

La gloriosa historia de más de mil años de fe cristiana en vuestro pueblo es rica en hombres cuya imagen os puede servir de estímulo en la consecución y realización de vuestra vocación. Quisiera

nombrar a cuatro figuras que me traen a la memoria el día de hoy y la ciudad de Munich. En los primeros inicios de la historia de vuestra fe vivió San Corbiniano, cuya labor como obispo colocó la primera piedra de la archidiócesis de Munich-Freising. Celebramos su memoria en la liturgia de hoy. Pienso también en el santo obispo Benno de Meissen, cuyos huesos reposan en el convento de religiosas de Munich. Fue un hombre de paz y de reconciliación, que predicó en su época el desprendimiento del poder; un amigo de los pobres y de los necesitados. También hoy pienso en Santa Isabel, cuyo emblema rezaba: "Amar conforme al Evangelio". Como princesa de Wartburg, renunció a los privilegios de su estado y vivió para siempre dedicada a los pobres y marginados. Finalmente quisiera mencionar a un hombre que alguno de vosotros o de vuestros padres habrán conocido personalmente. Me refiero al jesuita Rupert Mayer, cuya tumba, situada en el centro de Munich, en la cripta del Bürgersaal, es visitada diariamente por cientos de personas que se detienen a dirigirle una breve plegaria. Sin preocuparse de las consecuencias de una grave herida recibida durante la primera guerra mundial en el servicio de su ministerio, se comprometió abierta e intrépidamente, en una época difícil, en la defensa de los derechos de la Iglesia y de la libertad, a consecuencia de lo cual hubo de sufrir el rigor del campo de concentración y del destierro.

¡Queridos jóvenes! ¡Permaneced abiertos a la llamada que os dirige Cristo! Vuestra vida humana es una "empresa y aventura única", que puede conducir a "bendición o a maldición". Con respecto a vosotros, jóvenes, que constituís la gran esperanza de nuestro futuro, queremos *pedir al Señor de la mies* que os envíe a cada uno de vosotros y a cada uno de vuestros compañeros como operarios de su "abundante cosecha" de esta tierra, como conviene a la gran abundancia de vocaciones y dones en su Reino sobre este país.

Quisiera concluir con un deseo de bendición especial para nuestros hermanos y hermanas evangélicos, que precisamente hoy celebran en este país su día de penitencia y de rogativas. Al celebrar esta jornada tratan de recordar la necesidad de una conversión siempre renovada y la toma de conciencia de la misión de la Iglesia, así como de orar por el pueblo y el Estado. A estas intenciones se adhiere la Iglesia católica romana. Pidamos que en la oración de este día incluyan tanto a sus compatriotas católicos como a su hermano Juan Pablo y su misión. Amén.